

# MÉXICO PAÍS DE CÍNICOS

MÉXICO PAÍS DE CÍNICOS

POR GABRIEL ALÓS SALA

TVMUNDO EDITORES

# CAPÍTULO I

## EL CAMBIO EN MÉXICO SERÁ VIOLENTO, EL CAMBIO SERÁ SANGRIENTO

El resquebrajamiento del sistema autócrata, corrupto y totalitario de México será una realidad violenta, un cambio en las estructuras sociopolíticas del país, porque ya era imposible continuar con el gobierno abusivo, emanado de la revolución que impidió el libre tránsito hacia la democracia y hoy con el “gobierno Calderonista” se extiende a nuestros días.

Apoyados en la más férrea cerrazón ideológica, los últimos 50 años significaron la brutalidad de la represión y la agresión criminal de un sistema Priista decadente que había transcurrido por el crimen individual y colectivo, la legalidad espuria y la imposición electoral, con todas las atrocidades, desvergüenzas, componendas y concertaciones que reeditó el expresidente Vicente Fox.

Por sus características, el sistema político mexicano tiene plena semejanza con los reinados medievales. No fue, ni ha sido, aún hoy, un gobierno republicano, pues rechaza la posibilidad de apertura política aferrándose a la voluntad de un presidente rey que obedeció a los intereses de un grupo beneficiario del sistema, doblegado a la voluntad de unos molestos vecinos del norte y avasallado, cada día más, por la influencia letal del narcotráfico calificado nuevamente por Estados Unidos -como si tuviera fuerza moral para certificar-.

La permanencia del **PRI**-sistema fue a sangre y fuego. Larga es la lista de los crímenes de estado que dieron sustento y que, al mismo tiempo desmoronaron los cimientos de un sistema caduco y enfermizo responsable de unir a todos los sectores nacionales en la más dramática de las situaciones, hipotecando por siempre la soberanía nacional, entregada a la voracidad extranjera en verdadera traición de lesa patria que Fox continuó cínicamente hasta finales del 2006.

Cuando digo que el cambio será por el cauce violento no es sólo lo aventurado de una hipótesis, es la realidad que cada día palpamos quienes desarrollamos nuestra actividad en los medios de comunicación y que, más allá de componendas, embustes o “chayotes”, tenemos que revelar la precipitación al caos propiciado por el sistema de ayer y hoy para no entregar la inmensa proporción de poder que desde hace más de 74 años detectan un centenar de familias “revolucionarias”: Priistas, Perredistas y Panistas; que transmiten de generación en generación, los cotos que

significan las regidurías, presidencias municipales, ministerios públicos, gobernaturas y; por supuesto, la presidencia de la República, todo lo que significa negocios, bajo los colores de nuestra vejada insignia patria; ahí está el libro “La Familia Presidencial” de dos colegas. El Gobierno del Cambio bajo sospecha de corrupción y hoy con Calderón, su Plan de Gobierno 20-30 y sus primeras acciones: el mega operativo “Michoacán” que ha provocado la operación cucaracha, enviando a Veracruz células de tres cárteles de la droga y una organización más del narcotráfico que operan cobijadas por el gobernador Fidel Herrera Beltrán, de forma más sigilosa que en estados del norte de la República según reporte con documentos oficiales de la Procuraduría General de la República (PGR).

El cambio será violento, será sangriento; el aviso está dado con la masacre en la comunidad de Acteal, municipio de Chenalhó, tan violento, como han sido los impunes crímenes de Estado entre los que sobresalen, como la punta del iceberg, las muertes infames de Carlos A. Madrazo, Alfredo V. Bonfil y Luis Donaldo Colosio Murrieta. Las tres en distintas épocas, las tres de distintas formas, las tres asociadas con el reloj público de las sucesiones presidenciales, las tres encabezando la lista sangrienta que incluye a Gabriel Ramos Millán, *Apóstol del maíz*; *Maquío* Clouthier, Carlos Loret de Mola, al licenciado Polo Uscanga, Norma Corona Sapien, al Cardenal Posadas Ocampo, a El Gato Félix -a quien presenté con Jesús Blancornelas-, Manuel Buendía, Digna Ochoa, y cientos de mexicanos más, que eligieron entre vivir de rodillas o morir con la frente inundada de patriotismo.

***México, País de Cínicos*** es una denuncia. El grito de advertencia de quien ha vivido inmerso, desde hace más de 35 años, en la transformación de un país hermoso y extraordinario que tuvo la maldita desgracia de ser gobernado por los tres partidos políticos más influyentes de México **PRI**, **PAN** y **PRD**: la escoria nacional. Un México que ha ido de más a menos al empobrecer a una sociedad fastidiada por el cinismo y la rapacidad de los funcionarios públicos y los representantes populares, que han hecho del país un territorio miserable, con sus habitantes de rodillas.

En México, las historias de familia se entrelazan. La capital de los años treinta y cuarenta es como una bellísima fotografía color sepia que se esfuma para que aparezca, a todo color; el matiz de la modernidad. La transición de una ciudad casi rural a una ciudad urbana, de la que iban desapareciendo paulatinamente los rasgos que la identificaban: el tranvía, las polvorientas calles, las casas con cercas de plantas, los cañaverales, la barriada brava, los estanquillos, las tiendas y misceláneas, las pulcatas, las caballerías, las carretas o los anchos sombreros de los capitalinos que daban a la ciudad un aire provinciano, romántico y cálido.

Con celeridad inusitada, el nuevo México evolucionaba. Los Automotores invadían los espacios ciudadanos y los primeros enormes edificios aparecían en el paisaje urbano augurando el nacimiento de una era transformadora en la industria, el comercio, la agricultura, la educación, la cultura, la política, etcétera.

Gobernaba el general Lázaro Cárdenas con tino y desatino. Con mano dura se sacudió la presencia de Calles. No obstante su severidad y rectitud, logró para su peculio una considerable fortuna que incluía residencias, ranchos y haciendas. Nació el *México País de Cínicos* que siempre ha dañado la vida nacional.

Cuenta el historiador Alfonso Taracena en *Historia Ilustrada de México*, que al concluir el mandato del general Lázaro Cárdenas, la Confederación General de Trabajadores exigía la incautación de bienes, acusándolo de ser propietario del Hotel Washington, en Argentina; de que su hermano, Dámaso Cárdenas (el Raúl de aquel tiempo), disponía de 20 mil barriles de petróleo de Poza Rica para su beneficio personal, y de que, entre otras riquísimas propiedades, el expresidente poseía un latifundio con más de un millón de palmeras y ranchos con ganado de alto registro; casi medio centenar de propiedades (suyas o de sus familiares cercanos), todas obtenidas bajo el poder del llamado *Niño Fidencio* de la política mexicana.

Bien señala Héctor Cevallos Garibay en su ensayo *Orígenes del Presidencialismo* que un nuevo estilo de gobernar se impuso al llegar Lázaro Cárdenas a la silla presidencial. Ya desde la campaña política, pero sobretodo a partir del 1 de diciembre de 1934, día de la toma de posesión, prevaleció una forma inédita de ejercer el poder político por parte del Ejecutivo. En efecto, inspirado en una austeridad republicana, acorde con un país de enormes desigualdades y carencias, el primer mandatario ordenó cuestiones como la eliminación del boato en las ceremonias oficiales, el cambio del ostentoso frac por el uso sencillo, la edificación de los Pinos como la nueva casa presidencial en sustitución del fastuoso Castillo de Chapultepec, la reducción del sueldo del Presidente a la mitad de lo estipulado oficialmente -¿le estará copiando Calderón?-, la clausura de los casinos -algunos de los cuales pertenecían a su antecesor, Abelardo Rodríguez- y, sobre todo, la práctica cotidiana de recibir en Palacio Nacional a obreros y campesinos durante una hora diaria para atender sus quejas y oír sus puntos de vista.

La conformación del primer gabinete presidencial, que estuvo en funciones hasta junio de 1935, mostró otra vez la enorme astucia política de Cárdenas, quien supo equilibrar la fuerza de los callistas, a quienes no podían dejar al margen, con la presencia de partidarios suyos que situó en puesto clave. Entre los allegados de don Plutarco estuvieron: Rodolfo Elías Calles en la Secretaría de Comunicaciones; Juan de Dios Bojór-

quez en la de Gobernación; Tomás Garrido Canabal en la de Agricultura; Pablo Quiroga en la de Guerra y Marina; Abraham Ayala González en el Departamento de Salubridad y Aarón Sáenz en el Departamento del Distrito Federal. Formando parte del grupo cardenista destacaron: Francisco J. Mugica en la Secretaría de Economía; Ignacio García Téllez en la de Educación; Silvano Barba González en el Departamento del Trabajo, y Gabino Vázquez en el Agrario; Emilio Portes Gil en la Secretaría de Relaciones Exteriores, y Heriberto Jara -quien fue designado como inspector general del Ejército-, un puesto de importancia capital porque de él dependían las compras de los pertrechos militares y el control administrativo de las jefaturas de Operaciones Militares de todo el País. Con este mismo objetivo de lograr un equilibrio político que le permitiera llevar las riendas del gobierno, el Presidente incluyó a un hombre de fuerte personalidad y criterio autónomo como Narciso Bassols en la Secretaría de Hacienda, y excluyó a un político tan importante y antiguo adversario suyo como el General Joaquín Amaro. En puestos de menor importancia se invitó a colaborar a viejos enemigos del callismo, como lo eran los zapatistas, los villistas y los excarrancistas, quienes reaparecían en el escenario político gracias a la estrategia conciliatoria y de pesos y contrapesos ideadas por el general de Jiquilpan.

Dos factores de gran relevancia precipitaron el enfrentamiento político entre Calles y Cárdenas, los hombres más poderosos del País generándose así un conflicto sociopolítico mayúsculo cuyo desenlace histórico dio origen al sistema presidencialista mexicano. En el primero de ellos, concerniente a la reactivación del problema religioso, salió a relucir la pintoresca figura de Tomás Garrido Canabal, quien había mantenido un cacicazgo de corte militarista por más de diez años en Tabasco. En efecto aliado y solapado con y por los callistas, Garrido aprovechó su inmenso poder como gobernador del estado para impulsar en él un proyecto de sociedad cuyos ejes programáticos fueron: la organización paramilitar y corporativa de 50 mil “camisas rojas”, ejecutores y portavoces del radicalismo anticlerical; el combate a la iglesia y a la religión católica a través del ejercicio directo de la violencia en contra de sus representantes, sus mitos e instituciones; la persecución de los vicios y costumbres de ocio de los tabasqueños mediante la destrucción de las tabernas y las casas de juego; la construcción masiva de escuelas, granjas agrícolas, brigadas culturales, fiestas deportivas y rurales -se sustituyó el santoral cristiano por un culto pagano en honor a los productos agrícolas regionales- y la centralización y el control político de los sindicatos, los cuales quedaron bajo la batuta del Estado garridista. Este experimento social *sui géneris*, de fuerte inspiración fascista, no tuvo mayores coincidencias con las experiencias izquierdistas de Yucatán, Veracruz y Michoacán, pues Ga-

rrido, aunque compartía el anticlericalismo de los radicales de izquierda (Alvarado, Carrillo Puerto, Tejada, Cárdenas), jamás llevó a la práctica un programa de socialización o distribución de la propiedad agrícola y más bien se opuso al reparto ejidal, al tiempo que se convertía él mismo en próspero terrateniente. Garrido Canabal, hombre dogmático y megalómano, utilizó a sus “camisas rojas” para democráticas represiones (de expresión, organización y disidencia), recurría cotidianamente a la violencia (asesinatos torturas y cárcel) en contra de sus opositores con tal de mantener y ampliar su poder absoluto en Tabasco.

A diferencia de Calles y Cárdenas (quien, como gesto simbólico, votó por el tabasqueño en los comicios presidenciales de 1934), Mugica nunca simpatizó con Garrido Canabal. Al contrario, muy pronto se percató de la personalidad autoritaria y arbitraria de aquel joven que conoció en 1915, durante su breve gestión administrativa en ese estado, y el cual devino en un cacique cuyos proyectos sociales eran sólo un subterfugio para encubrir el culto a su personalidad. Las escasas afinidades políticas entre ellos, por ejemplo, la aversión al alcoholismo, palidieron ante el rechazo moral que sentía el michoacano por un individuo egocéntrico y profascista como el Secretario de Agricultura. Ciertamente, Francisco José fue siempre un hombre de ideas radicales, pero jamás en su vida recurrió al asesinato o a la persecución violenta de sus opositores políticos; antes al contrario, se mostró tolerante y capaz de llevar larga y profunda amistad con personas ajenas por completo a su concepción del mundo, como fueron los casos del doctor Guiza y Acevedo y de Brito Foucher. Este último, por cierto, se convirtió en el principal rival político de Garrido Canabal y, en su calidad del líder del movimiento antigarridista, recibió generoso auxilio del general michoacano cuando organizó las expediciones que salieron de la ciudad de México con el objetivo de combatir la estructura caciquil de poder en Tabasco. Mugica, no hay duda, fue un individuo poco flexible en términos ideológicos, demasiado rígido en sus convicciones políticas, proclive incluso a la intransigencia, pero nunca infringió las leyes que él mismo ayudó a forjar durante las jornadas constitucionales de 1917, las cuales, entre otras cosas, garantizaron la libertad de culto y creencias.

Sorprendido ante la creciente autonomía política mostrada por Cárdenas, el jefe máximo utilizó otra vez el conflicto religioso como arma para debilitar al Presidente en turno y acrecentar su propio ascendiente político. En esta perspectiva, nada mejor que recurrir a Garrido Canabal, quien trasladó a sus “camisas rojas” de Tabasco a la Ciudad de México, y comenzó, ya como Secretario de Agricultura, una cruzada anticatólica mediante la organización de mítines desfanatizadores afuera de las iglesias y la escenificación de los “sábados rojos” en Bellas Artes con el fin de propagar el ateísmo. Nuevamente el clero se sentía provocado y hos-

tilizado por el régimen y esto ocurría en un contexto político altamente conflictivo que estaba a punto de rebasar a un Ejecutivo tan noble como don Lázaro. El incidente que produjo la crisis final ocurrió el domingo 30 de diciembre, al momento en que los feligreses católicos salían de la misa matutina de la Parroquia de Coyoacán. Un contingente numeroso de “camisas rojas”, que siempre portaban armas, comenzó la andanada de injurias y admoniciones contra los fieles, quienes respondieron a su vez agrupándose y revirtiendo los insultos. A poco, los denuestos no bastaron y se pasó a la violencia física directa: primero fueron las piedras y los golpes; más tarde, embozados en la trifulca, salieron los disparos y cayeron seis católicos sin vida. Del otro lado, un joven radical que llegaba tarde a la reunión y vestía el uniforme de los “rojos” se convirtió en víctima fácil de la venganza de la enardecida masa católica, la cual persiguió por toda la plaza a sus contrincantes antes de que éstos encontraran refugio bajo los muros de la Delegación de Coyoacán, dirigida en ese entonces por un funcionario garridista.

Luego los respectivos funerales, con multitudes de ambas partes culpándose mutuamente y clamando justicia, Cárdenas volvió a mostrar sus dotes de gran estratega político: ordenó al Procurador de Justicia el arresto de 40 “camisas rojas”, deslindó a su gobierno y al PNR de los funestos acontecimientos, y poco a poco fue tejiendo los hilos que conducirían hacia una progresiva conciliación política con la Iglesia Católica, a la cual no podía ni quería tener como enemiga por culpa del anticlericalismo dogmático de los callistas y garridistas. Para concluir de tajo con el asunto, en un conflicto que se prolongó hasta el mes de junio, el Presidente no sólo pidió a Garrido Canabal su renuncia a la Secretaría de Agricultura, sino que lo obligó a exiliarse en Costa Rica. La exitosa maniobra política del mandatario se completó con dos disposiciones adicionales: primero, en lugar de Garrido fue designado Saturnino Cedillo -a quien Cárdenas quería tener apaciguado y bajo control, integrándolo al gabinete presidencial-, famoso tanto por su conservadurismo como por su actitud de brindarles protección en San Luis Potosí a los católicos perseguidos; y, segundo, con el propósito de erradicar el peligro de un futuro resurgimiento político de los garridistas en su zona de influencia, nombró a un incondicional suyo, el General Miguel Enríquez Guzmán, como comandante militar de Tabasco.

La extraordinaria agitación huelguística de los obreros se convirtió en el segundo factor que desencadenaría la lucha por el poder entre Calles y Cárdenas. En efecto, si consideramos que durante 1928 ocurrieron sólo siete huelgas en el país y que en el transcurso del gobierno Abelardo Rodríguez apenas si despuntó el sindicalismo proletario, resultan explicables entonces las manifestaciones de alarma de don Plutarco, de los políticos conservadores y de la clase empresarial ante las 642 huelgas obreras que

se sucedieron a lo largo de 1935. El presidente Cárdenas, por el contrario, vio con buenos ojos la efervescencia y combatividad política que mostraron los trabajadores al inicio de su sexenio, particularmente los sindicatos de telefonistas, mineros, textiles, petroleros, electricistas y ferrocarrileros. En vez de sentirse acosado e intimidado por las protestas obreras, el joven mandatario les abrió un espacio favorable y hasta las incentivó desde la cúspide del Poder Ejecutivo. Tres razones de orden político le impulsaban a proceder de esa manera: 1) sólo mediante la movilización político-sindical podía generarse un clima propicio para lograr el objetivo estratégico de unificar al sector obrero en una central de trabajadores; 2) el enfrentamiento legal entre los obreros y los patrones conduciría a un cambio sustantivo en las reglas del juego prevalecientes en el proceso productivo, fomentándose así la conquista de mayor justicia social para los asalariados; y 3) al conseguirse por fin la organización y unificación de la clase trabajadora nacional, subordinada únicamente al poder del Presidente, éste podía utilizarla como un instrumento de fuerza en beneficio de su política populista y en contra de los enemigos potenciales y reales del Plan Sexenal: los callistas, las fuerzas propatronales externas e internas y la derecha en política general.

Sin contar con la lucidez política que lo había caracterizado a lo largo de su vida, el general Calles no supo reconocer que ya no tenía el poder incontestable de antes y que Cárdenas no se parecía en nada a Ortiz Rubio; así, el sonorenses cometió la torpeza de concederle una entrevista al senador Ezequiel Padilla, partidario suyo, por medio de la cual criticó la política “obrerista” de Cárdenas y, denostando a los trabajadores y a sus líderes, pretendió erigirse como el sujeto capaz de “señalar los rumbos” que debía tomar el país. El célebre texto donde don Plutarco desafiaba al Presidente se publicó el 11 de junio en *Excelsior* y *El Universal* (Cárdenas impidió que también fuera publicado en *El Nacional*), y generó un escándalo en las altas esferas del poder, así como numerosas adhesiones políticas al todavía jefe máximo por parte de las fuerzas más conservadoras del régimen. De inmediato Cárdenas comprendió la magnitud del dilema que tenía que dirimir: convertirse en un pelele más en la historia del maximato o, por el contrario, asumir el control total de su gobierno y ejercer la potestad presidencial.

Los tiempos políticos que corrían eran muy distintos a los años dorados del callismo y en la silla presidencial estaba ahora un hombre que había aprendido la real politik precisamente de los sonorenses, así que Cárdenas, a mediados de junio de 1935, se encontraba perfectamente listo para enfrentarse con éxito al individuo al que le debía su carrera como militar y político. Se trataba de una contienda de poder y por el poder donde

Cárdenas no sólo se jugaba el honor y su futuro como político sino que, principalmente, se ponía en predicamento la función constitucional del Presidente como representante de la nación.

El mismo 11 de junio, por la noche, Cárdenas comenzó una fulminante contraofensiva para liquidar al maximato. Su primer paso fue la destitución del General Matías Ramos como presidente del *PNR*, cargo en el cual designó a Emilio Portes Gil, hombre habilidoso y distanciado de don Plutarco, quien le sería de gran utilidad en su estrategia de desmontar a la brevedad posible la maquinaria callista enquistada en el partido oficial. El siguiente paso fue más certero y eficaz: el día 14, convocados al Palacio Nacional, solicitó la renuncia en pleno del Gabinete Presidencial, deshaciéndose de un solo golpe de todos los funcionarios que no le eran fieles. El día 17, como tercer paso, designó al nuevo equipo gubernamental compuesto exclusivamente por cardenistas y uno que otro enemigo de Calles: en Gobernación a Silviano B. González; en Relaciones a Fernando G. Roa; en Hacienda a Eduardo Suárez; en Educación a Gonzalo Vázquez; en Guerra y Marina a Andrés Figueroa; en Economía a Rafael Sánchez; en Agricultura a Saturnino Cedillo; en Comunicaciones a Francisco J. Mugica, en Trabajo a Genaro Vázquez; en el Departamento Agrario a Gabino Vázquez y en el Distrito Federal a Cosme Hinojosa. Ciertamente no había muchas figuras descollantes en este nuevo gabinete, pero lo relevante del caso es que todos ellos obedecían únicamente órdenes presidenciales y de nadie más. Para complementar su hábil maniobra encaminada a deshacerse de enemigos políticos, Cárdenas utilizó el recurso del “exilio diplomático” y con este propósito nombró a Pérez Treviño y a Puig Casauranc como embajadores de México ante España y Argentina, respectivamente.

Sorprendidos y apesadumbrados, los políticos callistas recién destituidos, encabezados por Juan de Dios Bojórquez, se dirigieron presurosos a Cuernavaca con objeto de pedir auxilio y recibir las directrices de don Plutarco, quien ya para entonces se había percatado que no tenía fuerza política suficiente como para revirar la embestida cardenista en su contra. Luego de lamentar los hechos y conminar a sus visitantes a aceptar la funesta realidad, Calles tomó el avión que el día 18 de junio lo conduciría a su residencia nortea y, enseguida, a su primer exilio en Estados Unidos. El Presidente sabía que su triunfo en este primer enfrentamiento había sido respaldado tanto por los obreros, agrupados en el flamante Comité Nacional de Defensa Proletaria, encabezado por Lombardo Toledano, así como por las Ligas Agrarias dirigidas por Graciano Sánchez. Y no obstante que en esta coyuntura política los comunistas lanzaron su equívoca consigna “ni con Calles ni con Cárdenas”, rápidamente se fue conformado entre los trabajadores y en el Parlamento en nuevo bloque político de izquierda en apoyo a la política progresista del General de Jiquilpan. En

su primer informe de gobierno, el 1 de septiembre, Cárdenas reiteró enfáticamente que él era el único responsable de la marcha política y social de la nación.

Detrás del triunfo intempestivo del Presidente, convertido ya en un maestro consumado de la política maquiavélica, encontramos una compleja red de poderes que Cárdenas fue urdiendo paso a paso y con vista al fatal choque definitivo y definitorio entre él y su antiguo jefe. Esta fina estrategia para reforzar la batuta presidencial se puso en marcha desde la misma toma de posesión y apuntó sus esfuerzos, por un lado, hacia un progresivo y férreo control del aparato de Estado por parte del Ejecutivo y, por el otro, a la movilización política de los trabajadores en apoyo al proyecto populista y justiciero del mandatario.

Fueron varias las líneas maestras utilizadas en esta disputa por el poder. En relación con el sector policiaco-militar, Cárdenas mostró su astucia desde el primer momento al poner a un fiel y afín amigo suyo, Heriberto Jara, como Inspector General del Ejército, puesto capital desde donde se controlaban y centralizaban los recursos, los armamentos y el funcionamiento general de las jefaturas militares. Con sigilo pero sin que le temblara la mano, paulatinamente ordenó la remoción de todos los jefes de operaciones militares cercanos a Calles (en Sonora, Jalisco, Guanajuato, Durango y Coahuila), al tiempo que los fue sustituyendo por oficiales jóvenes sumisos a la investidura presidencial. Entre 1935 y 1938 ocurrió una renovación radical del viejo Ejército Federal a consecuencia precisamente, de que una buena parte de la cúpula castrense se encontraba expulsada, con licencias forzosas, o “puestos a disponibilidad”. Al conformarse el nuevo gabinete salió de la Secretaría de Guerra el callista Pablo Quiroga y se puso en su lugar a Andrés Figueroa, quien, a su vez, designó como subsecretario a Manuel Ávila Camacho, uno de los militares más allegados a Cárdenas. De la misma manera y por la misma razón, luego de la crisis de junio, se destituyó a Eulogio Ortiz, como Jefe de la Policía y se nombró en ese puesto a Vicente González. Para redondear su control político del aparato represivo del Estado, Cárdenas presentó al Congreso de la Unión una iniciativa de ley para reformar la organización del Poder Judicial; con la propuesta de marras se suprimió la inmovilidad de los magistrados de la Corte y se instituyó una gestión de sólo seis años en el cargo. Esta postura acarrearba una riesgosa pérdida de la autonomía de los jueces, dada la injerencia implícita o explícita que se adjudicó el Ejecutivo al momento de la postulación de los nuevos ministros.

Respecto de la maquinaria política partidaria, Cárdenas, no obstante la oposición de Mugica en este punto, tuvo la brillante idea de nombrar como presidente del PNR a Portes Gil, el hombre ideal en el momento ideal, para que se hiciera cargo de sustituir a todos los candidatos de fi-

liación callista por otros que no tuvieron relación con don Plutarco. La maniobra presidencial para liquidar al callismo no se detuvo ahí, en depurar las nuevas candidaturas a los cargos públicos, sino que utilizó con suma frecuencia ese recurso extremo y supremo del Ejecutivo consistente en declarar desaparecidos los poderes estatales. Así entonces, y mientras existieron reminiscencias del jefe máximo, en 14 estados de la Federación se nulificaron las elecciones, se concedieron licencias forzosas y se decretó la desaparición de poderes. Particularmente sonados fueron los casos de Coahuila, Guanajuato y Nuevo León -donde se declaró nulo el triunfo electoral de Plutarco Elías hijo-.

En esta tarea en pos de fortalecer el poder presidencial, Cárdenas jugó sus cartas en varios frentes, procuró la buena relación diplomática con Estados Unidos; estableció una eficaz alianza política con los Generales Almazán y Cedillo, y se aseguró del apoyo de los trabajadores organizados. Pero le faltaba aún hacerse de la hegemonía en el Parlamento, uno de los últimos reductos del poder de los callistas. La oportunidad de crear una mayoría izquierdista en las cámaras se le presentó al Presidente el 11 de septiembre de 1935, cuando, por motivos todavía no esclarecidos, sobrevino un zafarrancho en el interior del Congreso que dejó un saldo de dos diputados cardenistas muertos. Con este trágico incidente pesando en el ambiente, no le fue difícil a Cárdenas promover el desafuero de 17 diputados, todos ellos integrantes del bloque político conservador. El proceso referido fue precipitado y tuvo su nota absurda pues dos de los inculpados, José Huerta y Naguib Simón, ni siquiera se encontraban presentes el día de la balacera. Más tarde, con motivo de la convulsión política surgida a raíz del regreso a México de Calles, cinco senadores callistas también serían desaforados bajo acusación de “incitación a la rebeldía y maniobras sediciosas”.

Fue precisamente el retorno de Calles al país, el 13 de diciembre de 1935, el suceso que abriría las puertas al segundo y definitivo enfrentamiento entre el sonorenses y el michoacano. Don Plutarco regresaba a la ciudad de México procedente de San Diego, California, acompañado por Luis N. Morones, con temple combativo y renovados bríos, dispuesto a luchar en contra del comunismo que según él estaba representado por el propio Presidente. Al arribar al aeropuerto fue recibido por connotados políticos y militares que encarnaban la élite del poder callista y el más furibundo del anticardenismo: Joaquín Amaro, Miguel Medinaveytia, Riva Palacio, Pérez Treviño, Luis León y Melchor Ortega. Luego de ofrecer declaraciones altisonantes y bravuconas, el otrora jefe máximo fue conducido a su residencia resguardado por una ostentosa caravana de 50 autos y camiones repletos de incondicionales.

Al momento de ocurrir el desembarco de Calles, Cárdenas ya estaba prevenido por sus informantes acerca de las labores subversivas del General José María Tapia y de las intrigas sediciosas de Melchor Ortega, quienes actuaban bajo las órdenes de don Plutarco, así que procedió con prontitud y eficacia para liquidar los bastiones del callismo y salvar la potestad del Presidente. La contraofensiva del michoacano mostró, una vez más, sus excelsas dotes como político maquiavélico avezado en el arte de “conseguir y conservar el poder”. El 14 de diciembre, acusados de agitación y rebeldía, fueron desaforados cinco prominentes senadores callistas. Al día siguiente, bajo el mismo cargo, aconteció el cese fulminante de Joaquín Amaro como director de Educación Militar y de Manuel Medinaveytia como jefe de la Primera Zona Militar. El 16 del mismo mes, el Senado de la República aprobó la iniciativa presidencial para desconocer los poderes en los estados de Sonora, Sinaloa, Guanajuato y Durango, reemplazando a los gobernadores respectivos por gente sin mácula callista y allegada a la nueva clase política. Y el 22 de diciembre, en contundente respuesta a las declaraciones ofrecidas el 18 a la prensa estadounidense por don Plutarco, se verificó una manifestación de 30 mil obreros frente a Palacio Nacional, cuyo propósito era brindar a Cárdenas el respaldo político de los trabajadores del país, agrupados en el Comité de Defensa Proletaria, quienes aprovecharon el magno desfile para exigir la expulsión del país de Calles y Morones. Gracias a esta fulminante respuesta, que incluyó la amenaza de abrir una investigación en torno de la riqueza personal de Calles y su participación intelectual en la muerte de Álvaro Obregón, el callismo quedó sin aliento vital. En efecto. Luego de estos certeros golpes de diciembre, toda la estructura política erigida durante el maximato quedó herida de muerte. De manera intempestiva, legisladores, gobernadores, presidentes municipales, los jueces y el aparato policiaco-militar -es decir, la base misma del Estado político-, sufrió una transmutación radical y pasó de callista a cardenista. El poder, desde entonces, ya no residiría en la figura de un jefe o caudillo, sino en aquél que ocupara la silla presidencial.

Faltaba, sin embargo, el golpe de gracia. A principios de abril de 1936, los servicios de inteligencia informaron a Cárdenas acerca de las recientes maniobras de los callistas para reagruparse y salir de nuevo a la palestra política. Sin duda, la vieja clase política callista no lograba resignarse a permanecer al margen del poder. El día 5, en un acto de provocación terrorista, ocurrió la voladura del tren de pasajeros que se dirigía a Veracruz, a resultas de lo cual murieron trece personas y otras dieciocho quedaron heridas. El Presidente no podía ni debía tolerar tamaño desafío a su liderazgo político. Comprendió al instante que aún le restaba una última medida para erradicar por completo cualquier futuro resurgimiento de las

huestes callistas: no el asesinato sino la expulsión de Calles del territorio nacional. Para evitar que se presentara un escándalo a la hora de ejecutar tal acción, don Lázaro envió a Francisco J. Mugica -hombre de su absoluta confianza y de un valor a toda prueba- como emisario de la orden de marras. El General de Tingüindín, que tenía cuentas pendientes con los sonorenses, se apersonó en la residencia de don Plutarco y le expuso la necesidad de que, por habérseles comprobado actos conspirativos, él y otros de sus cómplices tenían que abandonar el país. Calles, sorprendido y todavía confuso, arremetió contra la disposición presidencial y soltó una perorata ofensiva hacia el gobierno cardenista, imposibilitándose con ello la tarea de Mugica consistente en persuadir a Calles a pactar la salida en buenos términos. Ante la airada negativa de don Plutarco a aceptar la situación, Mugica no insistió más y se dirigió a rendirle informes al Presidente. A la noche siguiente, cumpliendo nuevas instrucciones del Ejecutivo, Francisco José volvió a visitar al General Calles, pero esta vez ya no con la intención de llegar a un pacto político de caballeros con el exmandatario, sino para informarle de la inminencia de su expulsión. Más tarde, a eso de las 22 horas del mismo día, el general Rafael Navarro Cortina, jefe de la guarnición de la plaza, se presentó al domicilio de Anzures para reiterarle a don Plutarco la orden en curso, la cual se haría efectiva a la mañana siguiente. El exjefe máximo, quien ya estaba en pijama y leía *Mi lucha* de Hitler, se enteró también de que su casa era resguardada por contingentes militares que hacían imposible cualquier intento de escapatoria. En la madrugada del 10 de abril, en un operativo preciso y concertado, el General Calles, Luis N. Morones, Melchor Ortega y Luis León fueron sacados de sus respectivas casas por agentes policíacos y conducidos con suma rapidez al aeropuerto internacional. A las ocho horas de la mañana, luego que salió al destierro la cúpula callista, la nación se despertó con la novedad de que una época política muy distinta había nacido con la muerte definitiva del maximato: el presidencialismo.

Y mientras el General Calles, derrotado y resentido, despotricaba en Estados Unidos contra el “comunismo” que imperaba en México, Cárdenas, dueño y señor de la escena política, se dio el lujo de -al mismo tiempo que fortalecía y legitimaba la figura presidencial-, comportarse como un estadista magnánimo. En efecto, a través de un decreto del Ejecutivo a efectos de conseguir la reconciliación nacional, el Poder Legislativo aprobó otorgar una amnistía a todos los políticos que permanecían en el exilio. Gracias a esta iniciativa, generosa y pragmática a la vez, pudieron regresar al país personalidades de la talla de José Vasconcelos, José María Maytorena, Adolfo de la Huerta, J. Prieto Laurens, Pablo González, Enrique Estrada, Gilberto Valenzuela, Porfirio Díaz Jr., Francisco Manzo, Zubaran Company, Gonzalo Escobar y un largo etcétera. Todos estos sujetos -dato curioso-, fueron vencidos en la arena política o militar por

la mancuerna Obregón-Calles durante las terribles disputas por el poder que proliferaron en el transcurso de la revolución y la posrevolución. Cabe hacer mención que Héctor Cevallos Garibay es doctor en Sociología. Autor del libro *Foucault y el poder*.

Entrando a otro tema, mi padre fungía como segundo mando, después de su compadre Tomás Valles, en **CEIMSA**, hoy **CONASUPO**. El pueblo Michoacano estaba a punto de levantarse en armas por falta de maíz. A Don Dámaso Cárdenas, José Alós Filigrana tuvo que advertirle enérgicamente que informaría al presidente Ruiz Cortines que los graneros, en Michoacán, estaban vacíos, porque amigos y compadres de Dámaso los saqueaban con vales firmados por el mismo Gobernador, quien vivía en Guadalajara. Sólo los fines de semana, Don Dámaso despachaba como Ejecutivo Estatal; el General Raúl Mendeolea Cerecero laboraba por aquella época como investigador inspector de **CEIMSA**, a las órdenes de Don Pepe Alós.

Ahora el pasado mes de enero del 2007 en Valle de Bravo estado de México, durante la Plenaria que celebraron los 52 senadores panistas Santiago Creel Miranda su coordinador me confirmó que el desabasto de maíz en la geografía nacional sí podría ocasionar serios problemas sociales -ayer igual que hoy-.

Adolfo Ruiz Cortines, el presidente de la corbata de moño, campeón de dominó, doctorado en el café "La Parroquia" en los portales del puerto de Veracruz, marcó histórica anécdota: cargando una báscula, salía de Los Pinos, la residencia del presidente, con el Secretario de Comercio y varios inspectores a verificar, personalmente panaderías y expendios de tortilla, clausurando a los bandidos. ¡Imagínese!, ¡El presidente de México en persona! Fue el menos ladrón.

La gran camada revolucionaria cimentó en los años treinta la corrupción nacional con historias de nepotismo y ambición de poder.

Con más pena que gloria, gobernaría después Ávila Camacho. Su hermano Maximino da vida también al *México, País de Cínicos*, como ya lo iremos relatando en estas páginas. Los sucesivos gobiernos mexicanos, incluido el de Miguel Alemán, avergüenzan a la historia por la suciedad de sus actuaciones en la administración pública. Así, de frente a los peores regímenes presidenciales, el de Carlos Salinas de Gortari y Vicente Fox Quesada, rememoraremos historias de familia.

Finalizaba el sexenio de Ruiz Cortines. Mi padre, José Alós Filigrana orizabeño y entonces consejero de la presidencia, casado con la tabasqueña Enriqueta Sala Macossay, vivíamos en la calle Doctor Vértiz, entre Morena y Xola, en la colonia Narvarte, en terrenos de lo que había sido el casco de la gran hacienda de mi abuelo, el célebre tabasqueño Antenor Sala Suárez, -en su tiempo, el hombre más influyente y rico de México eran puros maizales hasta lo que hoy es Copilco-.



*José Daniel Alós y Sala hermano mayor del autor  
Doña Enriqueta Sala Macossay de Alós y la hermana menor Cristina Alós  
y Sala en Palacio Nacional con sus invitados: Silvia y Arturo Williams  
dueños de la prestigiada institución educativa que lleva su apellido*

Mi abuelo regaló en vida decenas de hectáreas de su impresionante hacienda para los menesterosos, pepenadores y cargadores, muchos de ellos tuberculosos; de estas acciones surgieron lo que ahora son las colonias Antenor Sala y Buenos Aires.

Tomás Garrido Canabal y Carlos A. Madrazo fueron políticos que se formaron bajo la férula de Antenor Sala, quien hasta su muerte sostuvo férrea influencia en las decisiones nacionales; sobre todo por ser compadre de Porfirio Díaz y hombre de negocios nacionales e internacionales; además primo hermano de José María Pino Suárez Vicepresidente de México. Lo asesinaron envenenándolo por ser hombre de ideas revolucionarias, hombre de izquierda verdadera, y sus albaceas, los hijos de Pino Suárez y Pino Cámara, vivieron bajo sospecha de ser autores del crimen.

Raúl Salinas Lozano era Secretario de Industria y Comercio, nuestro vecino en la colonia Narvarte, saludaba cordial a los muchachos que “echábamos la cascarita” a lo largo y ancho de la calle, todavía no agobiada por el paso de los autos.

De tarde en tarde, Don Raúl platicaba con nosotros “Tú serás Gobernador de Veracruz, Gabriel”, me decía -nací un 18 de marzo en Orizaba Veracruz, aunque fui registrado en el Distrito Federal- Sus hijos Raúl, Carlos y Adriana, obviamente eran menores que nosotros.

Por aquel tiempo surgió el primer incidente que manchó de sangre la conciencia de Carlos Salinas: él y su hermano Raúl jugaban “a los malos y a los buenos”, para desgracia de su humilde sirvienta. Los buenos: Raúl y Carlos, se apoderaron de un rifle de su padre. Un jalón y dos empujones hicieron comprender a la joven indígena que debía participar en el juego de los niños, sin imaginarse que vivía sus últimos minutos.

De pie, ante el paredón de fusilamiento, la sirvienta no se divertía, pero tampoco estaba a disgusto; al fin y al cabo ya en otras ocasiones había participado en esa clase de juegos y en otros más pesados.

Los hermanos comandaban un imaginario pelotón de soldados, Raúl gritó con energía militar: “Pelotón: Preparen, Apunten, ¡¡Fuego!!”

Una detonación fuerte, seca retumbó por muros y paredes de la casa. Como una muñeca de trapo, la humilde mujer cayó al suelo, brotándole sangre de la herida producida por el precoz tino de Carlos Salinas de Gortari.

El Tribunal para menores infractores se encontraba en Obrero Mundial y Cuauhtémoc, entonces no existía el Viaducto Río de la Piedad, era casi en los extramuros de la ciudad.

El austero edificio, que más parecía colegio particular por sus bardas enrejadas, tenía seis niños de piedra que saltaban, no para salir sino para entrar al Tribunal para Menores. Allí fue presentado el niño Salinas de Gortari, pero los cerrojos no se abrieron para castigar al criminal infantil: el poder de su padre impidió que la justicia se aplicara para resarcir un daño funesto.

De manera que salieron de la Octava Delegación papá e hijos, acompañados de un joven estudiante de derecho -mi compadre, Fernando Gutiérrez Barrios- y de otro no muy joven, Arsenio Farell Cubillas -personaje de los *cínicos* de este México-, luego de convencer al funcionario judicial en turno de que se trataba sólo de la muerte de una niña indígena para quien vivir era exactamente nada. El certificado de defunción fue expedido por nada menos que el padre de la expresidenta Nacional del **PRI** y Senadora, María de los Ángeles Moreno.

Por cierto, la octava Delegación estaba casi esquina con avenida Cuauhtémoc, a un costado de la Agencia Ford y a unos metros de un edificio propiedad de Cantinflas que se derrumbó durante el sismo del 57, enfrente del Parque Delta, más tarde Parque del Seguro Social, en donde se realizaron candentes juegos de béisbol de la Liga Mexicana y hoy enorme Centro Comercial Delta.

De los hechos sucedidos en la casa de los Salinas de Gortari nos enteramos de “oidas”, a pesar de ser vecinos y frecuentarnos en el cinito que montaban en su garaje de la calle de Monte Albán cada domingo, los hijos del famoso *Charro Negro*, Rodolfo de Anda, vecinos también de la Narvarte.

Por supuesto quedaba evidente la posición de su padre; los Salinas de Gortari eran fatuos, prepotentes y engreídos.

El incidente criminal con la doméstica les hizo notar la impunidad de la que gozarían a lo largo de tres décadas; pero todos éramos amigos. Muchos conservamos esas amistades, como la de Nelly Atayde, que vivía sobre Xola y Zempoala, heredera y propietaria de la fastuosa organización

circense Atayde Hermanos; los Cohen, compañeros en el Franco Español y en la Ibero, que murieron en el sismo del 57 porque se derrumbó el edificio donde vivían, en Frontera y Álvaro Obregón.

También vivía por el rumbo: Salomón Zaga, su padre era industrial textil y propietario de conocidas camiserías en todo el país.

Por allá, sobre Doctor Vértiz, el poderoso expresidente Manuel Ávila Camacho instaló un frontón casino (hoy sindicato de los mineros y el teatro Once de Julio), que en su tiempo fue el garito más mencionado, en donde se jugaba, consumían drogas y se reunían hombres y mujeres de la *high society* para introducirse en el mundo de los excesos.

En Vértiz y Xola vivían los Peletier, dueños de París Londres. A Fernando, actual dueño de Cartier y Piaget -un ciclón en Acapulco hundió su yate de un millón de dólares y al siguiente mes tenía otro mucho más lujoso-.

Teníamos un amigo homónimo de Benjamín Franklin, al que le enviábamos su bicicleta con radio sobre el manubrio y llantas cara blanca. También recuerdo con simpatía a Kabalan Makarí; cuando cumplió 15 años, sus padres le regalaron un *Mercury 54 Monterrey*, bellissimo, con medio techo transparente; era del año.

Don Raúl Salinas Lozano era fuerte aspirante a candidato presidencial para suceder a Don Adolfo López Mateos; sólo que éste señaló a Díaz Ordaz como candidato (quien sería responsable de los funestos y criminales acontecimientos del 68, y no Luis Echeverría; movimiento donde participé al lado de Sócrates Campos Lemus). Rotas sus aspiraciones presidenciales, Salinas Lozano cayó en el ostracismo político y en otras actividades que iremos develando. Se sabe que, investigado por López Mateos, durante su paso por la Secretaría de Industria y curiosamente su amistad y negocios con el expresidente norteamericano George Bush -padre- dirigía un importante consorcio empresarial de petróleo y gas norteamericano, con quien su hijo Carlos haría fuertes alianzas políticas con Bush Jr., situación que molestó a Bill Clinton.

La prensa nacional reseñaba puntualmente y se repetía la historia, ***México País de Cínicos.***



*Gabriel Alós Sala entrevistando al Ing. Cuauhtémoc Cárdenas*